

Esbozo crítico sobre Nietzsche

Victor Serge

Noticia sobre el autor

(Victor Serge antes de Victor Serge)

Claudio Albertani*

Escritor, periodista, traductor, poeta y militante revolucionario, Víctor-Napoleón Llovich Kibalchich —alias Víctor Serge, Le Rétif, Le Masque, Ralph, Victor Stern, Victor Klein, Alexis Berlovski, Sergo, Siegfried, Gottlieb, V. Poderewski, y algunos pseudónimos más— no encaja en ninguna clasificación¹. Nació el 31 de diciembre de 1890 en Bruselas, hijo de padres rusos exiliados por actividad antizarista y murió, igualmente en el exilio, en la Ciudad de México, el 17 de noviembre de 1947. A lo largo de 40 años de actividad militante, transitó por las principales corrientes del movimiento obrero: el socialismo reformista, el comunismo anarquista, el individualismo, el anarcosindicalismo, el leninismo y el trotskismo para finalmente llegar a un socialismo humanista de corte antitotalitario.

Su larga trayectoria empezó a los quince años en la *Joven Guardia Socialista* de Ixelles, barrio obrero de la capital belga, y prosiguió en las filas libertarias tras la lectura del folleto de Kropotkin *A los jóvenes*. Con el pseudónimo de *Le Rétif* publicó su primer artículo en el periódico *Le Communiste*, que se imprimía en la colonia “La experiencia” de Boitsfort, a las afuera de Bruselas². Fue el primero de una larga serie que se prolongó en *Le Revolté* —también de Bruselas, pero de tendencia individualista— y siguió en la prensa anarquista, especialmente francesa.

* El Diccionario de los personajes citados que hay al final también es obra de Claudio Albertani

¹ En español, inglés e italiano la grafía del apellido es Kibalchich, en francés es Kibaltchitch y, a veces, Kibaltchitche.

² Le Rétif, “Le peril”, *Le communiste* nº 10, 21 de marzo de 1908. En su número 8, correspondiente al 18 de enero, el mismo periódico ya había publicado un manifiesto incendiario firmado Joven Guardia Revolucionaria de Bruselas, probablemente redactado por Le Rétif y sus amigos.

Kibalchich-Le Rétif no tenía veinte años cuando viajó a París, donde primero colaboró y luego dirigió el periódico individualista, *l'anarchie* (así, con letras minúsculas), fundado en 1905 por Albert Libertad*. El periódico defendía una versión del anarquismo que articulaba los planteamientos clásicos de Bakunin, Kropotkin y Reclus sobre la emancipación colectiva con el individualismo radical de Max Stirner*, el moralismo “sin sanción ni obligación” de Jean-Marie Guyau*, y la filosofía trágica de Nietzsche. Compañero de ruta de los ilegalistas de la *Banda Bonnot*, algunos de los cuales eran sus amigos de infancia, el joven Kibalchich fue detenido el 30 de enero de 1912³. El proceso, uno de los más sonados de la *Belle Époque*, se celebró el año siguiente y terminó con varias condenas a muerte. Sin haber cometido delito alguno, Kibalchich fue condenado a cinco años de reclusión. “Tenía que responder del triple crimen de ser anarquista, extranjero y no quererme convertir en soplón”, anotó en una carta a E. Armand⁴. Al momento de salir de la cárcel, el 31 de enero de 1917, *Le Rétif* era todavía un individualista prominente. Expulsado de Francia, el 13 de febrero tomó un tren con rumbo a España, el único país a donde podía ir a causa de la guerra⁵. Se refugió en Barcelona, donde consiguió trabajo como tipógrafo y empezó a firmar sus artículos con el seudónimo que le conocemos, Víctor Serge.

El texto sobre Nietzsche que presentamos apareció por entregas en *Tierra y Libertad* en el transcurso de la segunda mitad de 1917 (véase nota editorial). El periódico derivaba su nombre del movimiento ruso *Zemlya i Voya* y había empezado a publicarse en 1902 como *Suplemento a la Revista Blanca* de Madrid que dirigía Federico Urales. A partir de 1906, la redacción se trasladó a Barcelona, dando cabida a anarco-comunistas, anarcosindicalistas y anarcoindividualistas. Por sus páginas desfilaron las mejores plumas del anarquismo ibérico (Anselmo Lorenzo, Ricardo Mella, Manuel Costa Iscar*, Manuel Giménez Igualada, etc.) e internacional (Malatesta, Nettlau, Kropotkin, Armand, etc.). Tenía una clara orientación antimilitarista y cuando estalló la primera guerra mundial, enarboló la bandera del internacionalismo, frente al intervencionismo de Kropotkin y Malato. El periódico saludó con entusiasmo a la Revolución Mexicana y a la Revolución Rusa.

³ Sobre la Banda Bonnot, la literatura es abundante. Véase la reciente compilación de Frédéric Lavignette, *La Bande à Bonnot à travers de la presse de l'époque*, Éditions Fage, Lyon, 2008. Para mi gusto, la mejor reconstrucción es la que proporciona Malcolm Menzies, *En exil chez les hommes*, Editions, rue de Cascades, París, 2007 (primera edición 1985).

⁴ Victor Kibalchich, *Le Rétif*, a E. Armand, carta fechada en París, el 12 de febrero de 1917, Fonds Armand, 14 AS 211-8, Institut Français d'histoire social (IFHS), París, Archives nationales (60, rue des Francs-Bourgeois, 75003 París, Francia.

⁵ Informe nº 1, 15007 de la Police Judiciaire, con fecha 1 de febrero de 1917, serie GA; K1, Archives de la Prefecture de Police, 1 bis, rue des Carmes 75005 París.

Entre marzo y diciembre de 1917, Kibalchich publicó los siguientes textos en *Tierra y Libertad*: “Octavio Mirbeau” (nº. 342, 7 de marzo de 1917); “Un zar cae VS” (nº. 346, 4 de abril de 1917) y “¿La explotación base de la civilización?” (nº. 348, 18 de abril de 1917). La serie sobre Nietzsche empezó en el número 358, mismo que fue retirado por la policía, de manera que la redacción del periódico decidió publicarlo de nuevo en el mes de diciembre. Las otras entregas (cinco en total) aparecieron después de que el autor se marchara a París, poco antes de la huelga general de agosto.

Si bien en las *Memorias de un revolucionario*, Serge relata que por entonces ya había abandonado por completo el individualismo, un testimonio de Armand y la lectura de los artículos publicados en *Tierra y Libertad* hacen pensar que, en realidad, su evolución hacia el marxismo fue bastante más lenta⁶. Y es que cuando en noviembre de 1949 el periódico *Combat* publicó el primer capítulo de las *Memorias de un revolucionario*, donde Serge evoca su etapa individualista y expresa juicios poco halagüeños sobre Armand, éste contestó con una serie de artículos en *L'Unique*, la revista que dirigía⁷. Serge lo presentaba como un apologista de la violencia, pero la verdad es que Le Rétif y no Armand era quien había defendido el ilegalismo desde las páginas de *l'anarchie*⁸. Tenía derecho a cambiar de idea, pero no a calumniar a sus antiguos compañeros.

Por otro lado, un lector que se firma Martial y que frecuentó a Kibalchich durante su estancia en Barcelona, asevera que *Le Rétif* era “de los nuestros”, pues “no frecuentaba más que individualistas”⁹. Al margen de la polémica, lo cierto es que el traductor y amigo de Serge, Costa Iscar, era a la sazón uno de los individualistas más prominentes de la península, además de ser traductor y corresponsal de Armand.

Asimismo, una lectura acuciosa del ensayo sobre Nietzsche que presentamos muestra que, si por un lado v.s. LE RÉTIF toma distancia del autor de *La gaya ciencia* al definirlo “filósofo de la autoridad”, por el otro, la suya es una crítica de Nietzsche desde un punto de vista nietzscheano que no revela ninguna contaminación “marxista” o anarcosindicalista y sí una gran admiración por “la invencible lógica nihilista de Stirner”.

⁶ Ahora en *Memorias de un revolucionario*, op. cit. pp. 107-117

⁷ *L'Unique* nº 26, diciembre, 1947 (“Kibaltchiche est mort”); *L'Unique* nº 29, abril 1948 (“Kibaltchiche et l'anarchie”); *L'Unique* nº 45, enero 1950 (“Questions d'histoire/Kibaltchiche”); *L'Unique* nº 46, febrero 1950 (“Encore questions d'histoire”) Institut Français d'histoire social, Fonds Armand, cit.

⁸ Armand tiene razón. El lector interesado puede consultar la colección de *l'anarchie* en el sitio <http://archivesautonomies.org/spip.php?article88> especialmente los números relativos al año 1911 y principios de 1912.

⁹ *L'Unique* nº 47, marzo 1950.

Victor Serge

(Le Rétif)

Esbozo crítico sobre Nietzsche

(Traducción de Manuel Costa-Iscar)

Nota de edición

El “Esbozo crítico sobre Nietzsche” apareció en cinco entregas” en los siguientes números de la revista Tierra y Libertad de Barcelona: N.º 358, Nota biográfica /I “Un filósofo de la violencia y de la autoridad” (número secuestrado por la policía, no consultado, pero republicado en el N.º 369, 19 de Diciembre de 1917, p. 4); N.º 359, 8 de Agosto de 1917, p. 3 : “Esbozo crítico sobre Nietzsche/II. Los dos morales”; N.º 361, 24 de Octubre de 1917, p. 3: “Esbozo crítico sobre Nietzsche/III. Nietzsche, buen alemán imperialista”; N.º 362, 31 de Octubre de 1917, p. 3 y 4: “Juicio crítico sobre Nietzsche/IV. El Rebelde: La Influencia”; N.º 363, 7 de Noviembre de 1917, p. 3 et 4: “Juicio crítico sobre Nietzsche de 1917/V. Dionisio. Conclusión”. Los cinco textos llevan la firma “v. s. LE RETIF”. La versión original en francés se perdió y, hasta donde sabemos, la traducción que publicamos, a cargo de Manuel Costa Iscar* —anarquista individualista, difusor y traductor en España de los escritos de Han Ryner* y E. Armand*— presenta varios problemas y, sin duda, algunos errores. Puesto que es la única versión existente, hemos optado por no alterar el texto. El “Esbozo” fue publicado en México por la revista Casa del Tiempo, Vol. I, No. 3, pp. IX-XXIV, Universidad Autónoma Metropolitana, nov. de 1980, con una introducción a cargo de Juan Garzón. Con el título *Essai critique sur Nietzsche* existe una versión francesa traducida del español, publicada en Canadá por Éditions de la rue Dorion (Montreal, 2017) y en Francia por Nada (París, 2018), con una extensa traducción y notas a cargo de Annick Stevens.

Nota biográfica

Federico Nietzsche nació el 15 de octubre de 1844 en Roecken (Sajonia); después de hacer sus estudios de filología, se hizo voluntario en el servicio de ambulancias durante la campaña de 1870. Su carrera intelectual no comenzó hasta 1873, en la misma época en que sintió los primeros síntomas de las enfermedades que habían de atormentarle toda la vida y por fin

destruirle. Durante muchos años su obra va unida íntimamente a la de Wagner*, de quien es el amigo y el primer discípulo. Pero su ruptura sobrevino pronto. Enfermo y solo, huraño a causa de la lucha que había de sostener contra el mal físico, Nietzsche abandonó el profesorado y viajó por Suiza, Italia y el Tírol, buscando sobre todo la soledad de las montañas. Escribió durante su peregrinaje sus libros de aforismos. Instalado en París y Niza de 1883 a 1886, coordinó sus ideas en una obra de conjunto, *Zaratustra*, y expuso su teoría de la moral. Permaneció en el más profundo aislamiento, casi desconocido, totalmente incomprendido. En 1889, en Turín, una fulminante crisis de locura le abatió, no muriendo sino diez años más tarde en Weimer el 25 de agosto de 1900.

1. Un filósofo de la violencia y de la autoridad

Todos los dioses han muerto. Queremos ahora que el superhombre viva. El Estado es la muerte de los pueblos. Yo necesito compañeros vivos. Compañeros, he aquí lo que busca el Creador, y no cadáveres, rebaños y creyentes. El fin de la humanidad no puede alcanzarse sino con sus tipos más elevados.

Así hablaba Zaratustra

Y por que así habló se nos ha hecho querido como un iniciador. Le hemos entrevistado entre estos héroes de la vida, de la leyenda o del ensueño que, concibiendo la existencia humana como una ascensión incesante hacia un porvenir de libertad y de grandeza, nos han designado el camino. Algunos lo han elegido como maestro, diciendo que el poeta que creó a Zaratustra, no podía haber servido otro ideal que el anarquista. Una obra fundada sobre el amor a la vida, considerada fuera de los credos revelados, según el pensamiento de un libre investigador audaz, en la que vibran tales fuerzas libres y liberadoras, no podía servir a otra causa...

¿Es así, sin embargo? Nietzsche con mucha frecuencia habló de modo muy diferente que Zaratustra, en quien hemos creído encontrar un guía. Su obra tiene varios aspectos. En conjunto, por una de sus ideas dominantes, es esencialmente antinómica al ideal anarquista, es hasta la única que haya osado levantarse ante nosotros, poderosa y clara, oponiéndonos otro ideal, otra voluntad, una argumentación sutil, fuerte, persuasiva, acaso genial. Nietzsche fue un filósofo de la autoridad y de la violencia, que se ha atrevido a afirmarlas sin reticencias, prometiéndolas un ilimitado porvenir. Verdaderamente ha sido, es, puesto que su pensamiento vive, nuestro único y verdadero adversario. Porque nuestro viejo mundo tiene más bien la costumbre de oponernos profesores, jueces, soldados u oradores, que hombres, ideas y razones.

Pocas obras están tan pobladas como la suya, de mil aspectos; es paradójica, profunda, tan pronto pesada como ligera, sembrada de risas, de invocaciones, de invectivas, de grandes gritos y de murmullos confidentiales; desconcierta por su exceso de vida. Así puede parecer temerario

querer mostrar algunos de sus rasgos esenciales. ¿No es acaso el producto de toda una existencia y de una infatigable labor intelectual?

Hablaré de ella, sin embargo, sin timidez, según el ejemplo del más infatigable de los libres investigadores. Pero no afirmaré más que por la facilidad del lenguaje y porque tal será mi verdad, buscada por el único deseo de comprender y de marchar sin cesar hacia una mayor clarividencia.

—Si yo no sé guiarme a mí mismo, ¿quien me guiará? Me atrevo, pues, a criticar, según mi pensamiento y proponer después a mis compañeros de ruta los resultados que alcance. Sin una humildad aminorante, sin vano orgullo, sencillamente, con buena voluntad.

No tengo ciertamente la pretensión de presentar en estas notas sobre Nietzsche un estudio crítico acabado de su filosofía. Desatendería varios puntos importantes de la ideología múltiple que nos ha dejado. Me limitaré a presentar en él al apóstol, con gran frecuencia olvidado, de un ideal de vida autoritario y fuerte, no sin belleza ciertamente; pero profundamente bárbaro, profundamente contrario al progreso por el que luchamos.

La obra de Nietzsche nos ha engañado mucho a causa de su dualismo. Tiene, como su temperamento, dos aspectos opuestos, pero que se complementan. No vemos habitualmente más que uno, el más aparente, sólo el que nos conviene en absoluto. Nietzsche es un demolidor y un constructor. Amamos en él al hombre que destruye, al negador del dogmatismo moral, al descreído, al irrespetuoso, al gran nihilista armado de un verbo ardiente. No tenemos presente que destruye para hacer sitio a un ideal probablemente muy distinto del que nosotros entrevemos. Pues si él quiere romper las tablas de los valores presentes, no es para sustituirlas por el nuevo orden fundado sobre el libre desarrollo de toda personalidad humana, en la que la única ley será la ley interior de las conciencias, por fin ennoblecidas e ilustradas por la vida libre, sino para rejuvenecer el orden antiguo que cree, que quiere eterno, porque adora la fuerza brutal que aplana a los vencidos, el gesto decisivo de los poderosos, la ruda lucha del hombre contra el hombre, de la que resulta la esclavitud de unos y lo que osadamente se llama la cultura de otros.

Es tal su pasión de la afirmación autoritaria, por la victoria y la conquista, que la concibe como la marca distintiva de una vida en su apogeo. Lo restante es decadencia, crepúsculo, caída en la corrupción, inclinación hacia la muerte de los débiles.

Una filosofía se funda siempre en un sentimiento poderoso que la inspira y la domina; no puede ser más que la cima de la estructura ideológica. En Nietzsche, este sentimiento dominante, es el amor de la vida, erigido en resolución absoluta, acaso algo por reacción contra el pesimismo de un Schopenhauer* o de un Hartmann*. Tratemos de esbozar a grandes rasgos su concepción: dolorosa, falaz, tejida —¿quién sabe?— de ilusiones o de errores, la vida es. Es toda belleza, toda esplendor, toda fuerza, creación incesante, milagro, goce, goce sobre todo. Aun en el sufrimiento, en que parece bien que toda vida deba gritar eternamente, hay una parte de placer inexpresable. Existe una dicha de sufrir que es noble. Cuando se ha adquirido conciencia se consiente con ardor a todo esfuerzo, aunque fuese martirizante. Es preciso querer la vida, en potencia, sin cesar ampliada, ennoblecida extenderla a cada paso de avance, desplegando a su servicio toda nuestra fuerza. Henos aquí ante la idea dominante de Nietzsche: “hay que poner la mayor fuerza al servicio de la más intensa vida”.

De aquí lo que se ha llamado su “Reforma filosófica”. Hasta ahora —escribe J. de Gaultier*— la filosofía pudo definirse “indagación de la verdad”. Nietzsche ya no la acepta así. ¿Qué importa la verdad? ¿Existe una verdad? “La falsedad de un juicio no es para nosotros una objeción contra ese juicio... Se trata de saber en qué medida este juicio acelera y conserva la vida”. El nuevo filósofo es el hombre ardiente que crea nuevos valores, que da a la vida un sentido, un valor original. Es el aventurero que sabe aceptar alegremente la aventura heroica de vivir. Este amor de la vida entraña un prejuicio en favor de los que fueron fuertes y vivieron mucho. Y Nietzsche les admira a todos imparcialmente. Los griegos, atletas y artistas, los vikingos, los humanistas y los condottieri del

Renacimiento, los hugonotes del siglo XVI, tales fueron los que eligió en la historia entre los que más marcaron la vida con su voluntad. Encima de todos se eleva, situada fuera de su siglo, como una fuerza desmedida, la gigantesca estatua de Napoleón, “ideal noble por excelencia... síntesis de lo inhumano y de lo sobrehumano”.

Desde este momento no es posible hacer la distinción entre lo que nos aproxima al gran filósofo y lo que debe separarnos. Si el anarquismo puede definirse como “el combate por la más intensa vida”, coincidimos con él en el amor a la vida, fuente de todas las rebeldías, fin de todos los trabajos. Y nosotros también admiramos la Fuerza, es decir, la Energía creadora, renovadora, transformadora, en perpetua floración. Hemos intentado crear nuevos valores: la autonomía individual, la originalidad, el derecho absoluto de la conciencia, la solidaridad espontánea, la moral sin dogmas ni señuelos; en una palabra, substituir a las tiránicas abstracciones que nos impone el pasado, deberes o contratos sociales, una nueva realidad: la Individualidad humana sencillamente afirmada. Y está de tal modo por encima de las fuerzas de los mezquinos hombres del ruin tiempo presente, que este ideal podría también ser llamado sobrehumano, puesto que el hombre no es con la mayor frecuencia sino un bruto.

Solamente yo no suscribiría voluntariamente el elogio a Napoleón. Yo sé, como todos nosotros, la grandeza y el valor de la fuerza. Pero Nietzsche parece no haber comprendido la evolución que ésta sufre. Ha confundido frecuentemente la Energía con la Violencia, que no es más que la manifestación la más inculta. Hay otra potencia que la de los conquistadores de tierras o riquezas, otra fuerza que la de las armas, otro valor que el de la victoria de un hombre sobre su semejante. La Fuerza ha ascendido. Antaño fue la maza y el hacha, mañana será el Pensamiento y la Voluntad; su victoria dominará la vieja bestia humana, tan frecuentemente desencadenada por las obras de la violencia; será la victoria del hombre sobre la naturaleza y sobre su propia naturaleza. Nuestro “ideal noble por excelencia” es el hombre humilde y esclarecido que remonta los ancestrales instintos de lucha bestial, porque quiere otra lucha que no exige ni menos valor ni menor potencia, pero que es ya más digna de él. Se necesita más coraje para romper la espada que para servirse de ella, para ser libre y libertario que para ser opresor.

“Os enseño lo sobrehumano —escribió él—, porque la humanidad no puede perseguir más que un fin: la creación del hombre superior y de una cultura superior”. Los medios son la lucha, el esfuerzo. Para el individuo, la dureza hacia sí mismo y hacia los demás para superarse. Ciertamente, y el que no sabe ser duro como la necesidad, no sabe tampoco ser bueno. Para la sociedad la esclavitud [no se entiende el original].

El hombre superior nace en una distinción que se beneficia del esfuerzo de todos, dirigido en provecho de algunos. Para que un Pascal* pueda pensar, es preciso que muchas criaturas humanas vivan la existencia de bestias de trabajo, curvadas sobre la tierra, sin esperanza. Tal es el papel natural de los mediocres, que son la mayoría. ¡Que sirvan! Sus sufrimientos poco importan, siempre que, gracias a su trabajo doloroso, puedan vivir las aristocracias viriles y refinadas, cultivando las bellas costumbres, las artes, los placeres de la guerra y de la investigación intelectual. “Razas de dominadores y razas de esclavos”.

Nietzsche se esfuerza en dar un aspecto positivo, científico, a esta idea de progreso basado sobre la servidumbre de las mayorías mediocres. Para replicarle podemos revisar los hechos. Sin duda, hay tanta mediocridad verdadera en las aristocracias constituidas como potencias virtuales y aun desarrolladas entre las masas. El progreso no gana nada, si es preciso sacrificar al desarrollo de un hombre superior la existencia de otro o de otros que podrían también pensar y obrar noblemente. En resumen, estamos ante la evidencia: es la sociedad quien realizará las mejores condiciones de vida para todos los hombres, quien ofrecerá el mejor terreno de cultura al hombre superior. El ambiente creado por el antagonismo constituido por aristocracias y servidumbres, es malsano. La deformación intelectual y moral del dominador es también profunda, como la del sometido. No hay más hombre verdadero que el hombre libre, ¡oh filósofo! El superhombre, si debiera existir aferrado a las cadenas del mando, tan pesadas como las de la obediencia, sería

verdaderamente “demasiado humano”. Recomenzaría la historia sin belleza de los Césares, que son tan poca cosa ante un Epicteto*.

¿Por qué el innovador se ha detenido así ante la antigua concepción de la Fuerza? Se extraña uno, se entristece después de haber seguido su crítica victoriosa, admirado el fogoso impulso de un potente espíritu en busca de lo imposible, verle llegar a este retorno de los más viejos errores del hombre, al culto de la violencia y de la autoridad, de las que se alejan más cada día las nuevas tendencias humanas.

Estas se reclutan fuera de las castas sociales, a pesar de ellas. Constituyen de hecho una aristocracia formada de cerebros y de corazones los más nobles. Las hay que se han elevado de los bajos fondos de la sociedad y no son éstos los menos grandes. Pero todos son unánimes en no reconocer otra supremacía que la que tiene por única fuente el valor intelectual y moral del individuo.

v. s. LE RETIF

2. Las dos morales

Nietzsche se esforzó en demostrar que la ética ha seguido en la humanidad una doble evolución. La moral tiene dos orígenes opuestos, nace en los dominadores y en los esclavos. Hay dos morales, una noble y otra servil, porque hay dos especies humanas, una que reina y otra que obedece.

Bajo el punto de vista positivo, cualquier apreciación sobre esta genealogía de la moral nos revela que la idea dominante es justa. Resta al investigador determinar qué valor tienen hoy para el progreso de la especie las tendencias derivadas de las dos morales primitivas, desde hace largo tiempo confundidas en las costumbres y las opiniones de nuestra vieja civilización.

Esta investigación, no me atrevo a decir que Nietzsche la haya conducido a buen fin. Con todo, su ardiente temperamento militante adopta un prejuicio; echa en la balanza su verbo que vale tanto como una espada. ¡Desgraciados los vencidos! Canta la moral noble e inyectiva en conjunto, las aspiraciones inmemoriales de los esclavos que inventaron la bondad, la libertad, la igualdad, la piedad, la paz. Afeminamiento, debilidad de las almas, refugios de los débiles. En verdad, jamás tan profundo desprecio —o fuerte diatriba— fue lanzado al rostro de los “ideólogos”. ¡Con cuánto desdén habla Nietzsche de las “ideas modernas”! Cristianismo, liberalismo, socialismo, anarquía, ideales libertarios, sueños de una humanidad liberada de las fealdades y de los dolores de la opresión, ideas mezquinas, afirmadas antaño por esclavos judíos, después por groseros alemanes (Reforma), más tarde aun por el pueblo francés, podrido de moral cristiana, de sensiblería (Revolución Francesa), ahora por la mediocracia mundial. Son los peores síntomas de la decadencia, “crepúsculo de los hombres”.

El nuevo filósofo no tiene más que juntarse a los hombres de la decadencia para apresurar su descomposición. Más pronto ésta, moral y socialmente se acabe, más pronto también la vida podrá reconstruirse sobre los escombros del viejo mundo. Si algo se aproxima Nietzsche a nosotros, es en este sentido. Más allá de las viles “ideas modernas” que deben triunfar, descomponerse enseguida y ceder el sitio al eterno ideal noble que manifestará la resurrección de las potencias vitales en la humanidad, él entrevé otro ideal... Toda elevación del tipo hombre ha sido hasta ahora la obra de una sociedad aristocrática y siempre será así: la obra de una sociedad que tiene fe en una larga sucesión en la jerarquía, en una acentuación de diferencias de hombre a hombre y que necesita la esclavitud en uno u otro sentido... La Gaya Ciencia.

No me corresponde refutar las afirmaciones contenidas en esta citación. Nietzsche las defiende con sutileza, con obstinación, con todos los recursos de una dialéctica formada en la escuela de los grandes sofistas alemanes, con todo el calor de una convicción apasionada. Sólo así toma la defensa de la autoridad combatida encarnizadamente por la mayor parte de los pensadores, desmembrada por casi todas las conciencias vigilantes. Este problema de la autoridad y de la libertad, la sociología permite resolverlo. Eliseo Reclus*, Herbert Spencer*, Tylor*, para no nombrar más que a los mejores, han concluido del examen de los hechos, que la “planta humana” no crece más que al aire libre, a pleno sol... No adquirirá toda su belleza virtual, ni producirá sus más hermosos frutos de placer y de sana fuerza sino el día en que las sombras que la aprisionan se disipen.

El error principal de este individualismo de presa renueva la antigua concepción de la libertad y de la gran actividad, según la cual, el ejercicio de la autoridad multiplica las posibilidades de esfuerzo útil y de goce. Esto no es verdad más que de modo muy restringido, enfadoso además, porque los beneficios que el dominador retira del trabajo de los esclavos no valen ciertamente la profunda abdicación de sus mejores energías. La personalidad del opresor no se afirma, sino que se deforma y esta deformación profesional conduce a aberraciones frecuentemente monstruosas. Generalmente, la aparente victoria en el dominio de los hechos positivos, vale apenas la derrota interior, el desastre irreparable en que caen las más altas aspiraciones del corazón y del espíritu. Ningún hombre está tan sujeto a la esclavitud como el que posee esclavos. No puede huir ni librarse, sino que debe vigilar, defender su riqueza, absorberse en trabajos serviles; no puede contemplar, ni amar, ni soñar, ni pensar, ni obrar libremente: sus intereses le encadenan. Estas necesidades del combate cotidiano, ya sea éste o no una victoria, matan lentamente, con seguridad, lo que mejor tiene el hombre en sí.

Sin embargo, “toda la luz está en tí”. ¿Acaso es dichoso el que, según la palabra de Cristo, “habiendo ganado el mundo ha perdido su alma?” Yo reprocho al individualismo autoritario de Nietzsche de desconocer el subjetivismo. El individualista se afirmará por su propio valor interior o por el dominio sobre sí, por el culto del pensamiento imparcial, por la generosidad, el desinterés, el idealismo, que son los caracteres del egoísmo superior, por el esfuerzo sin cesar en tensión de una voluntad ardiente y juiciosa, tanto más cerca de la verdadera nobleza.

La nobleza de antaño, consecuencia de la victoria, realizó a veces bellos modelos de humanidad. El señor francés del siglo XVII, educado en las letras, valiente, rico de honor, abnegado por su rey, imbuido de tal conciencia de su superioridad sobre el villano, que toda solidaridad humana acababa para él en los límites de su casta; este gentil hombre era, sin duda, el hombre más civilizado que pudo producir la pobre especie humana en ese momento de su historia. Después, las condiciones de realización de la individualidad noble han cambiado completamente. Querer regresar algunos siglos parece insensato. Los villanos, los gentilhombres, los nobles, los tres estados han desaparecido. Las luchas de dinero, las luchas de ideas, las obras del espíritu han creado nuevas condiciones de existencia. No hay ya castas, sino distinciones. La autoridad no es ya la suprema virtud; ésta es ahora la originalidad, la independencia, el desdén de aquélla.

Pero las nuevas noblezas, igual que las antiguas, escapan a toda estratificación. Vienen de la inmensa masa anónima y vuelven a caer en ella. No hay entre los hombres razas serviles y altaneras como entre los perros de caza y de guarda.

El hombre noble, el hombre superior de mañana, será el hombre completo: espíritu claro, corazón emocionante, energía viril. Hacia sí mismo y hacia los demás no cometerá ni el crimen de obedecer ni el de mandar. Será el guía, el ejemplo, el sabio, el héroe, jamás el hombre de látigo. Este nuevo ideal no es sólo nuestro. La historia de nuestra civilización nos revela la penosa ascensión del rebaño humano hacia las alturas, donde el ideal nacerá, y, está sometido a leyes tan ciertas, tan ineludibles como las que rigen la caída de los cuerpos. Nuestras sociedades, a pesar de los periodos de retroceso hacia la barbarie que atraviesan —y tal es el momento actual— van del despotismo a la libertad, del reino del garrote y de la espada al reinado de la ley interior, de la jerarquía de las castas al individualismo. Y nada puede detener a esta evolución que va ligada a los

mismos procesos de la vida cósmica. Así, al menos, han concluido algunos buenos espíritus que Nietzsche detestó profundamente.

Aunque convengamos en que la argumentación de Nietzsche es muy, fuerte e infinitamente seductora, en el fondo reposa sobre un prejuicio. Este intelectual tiene la pasión de las energías en actividad, exteriorizadas positiva y brutalmente. Se ve en él el amor del esfuerzo físico, de la batalla, tal como la vivieron nuestros antepasados del siglo XVI, hacia los que manifiesta una admiración sin reserva.

Pero la argumentación pasional peca por exceso bajo el punto de vista filosófico y más aún cuando se trata de darle una apariencia científica.

Nietzsche ha desconocido por una parte la vitalidad y la belleza de las energías revolucionarias, activas en todo el mundo desde principios del siglo pasado, como si los perseguidos, los indomables, los refractarios, los idealistas, los desesperados en lucha contra el viejo orden social no testimoniasen su existencia en las clases inferiores, “raza de esclavos”, y no tuviesen recursos intelectuales y, morales de otro modo grandes que los de las clases más favorecidas.

Por este solo hecho que ha suscitado las revueltas, las fermentaciones ideológicas, las numerosas tentativas, el socialismo y el anarquismo, se afirma la idea revolucionaria como una potencia de transformación que no debe despreciarse. Y Nietzsche, que admira todas las fuerzas, no ha sabido hacer justicia a ésta. No ha sabido tampoco adaptar su pensamiento a los resultados de las investigaciones sociológicas modernas. A los trabajos de los economistas, de los psicólogos, de los sociólogos, reconstituyendo paso a paso las etapas del progreso pasado para prevenir el progreso futuro, opone simples afirmaciones. “La servidumbre del mayor número es la condición del progreso, de la civilización”, tal es una de sus tesis favoritas, controvertida por la investigación científica. No es gracias a las servidumbres, sino a pesar de ellas, que la marcha adelante del hombre hacia el bienestar se ha perseguido. Uno de los principales factores del progreso ¿no es precisamente el esfuerzo incesante del individuo para librarse de las imposiciones? [nota] Se puede añadir que la sola existencia en la sociedad de injusticias —lo que ya constituye un desequilibrio— crea un peligro para la cultura. Porque una civilización que no es comprendida más que por algunos, cuyos mejores frutos no pertenecen sino a una minoría, puede ser rebajada o destruida por los semi-bárbaros que ella no quiso ilustrar. La ciudad antigua pereció así, no solamente bajo los golpes del invasor, sino gracias a la indiferencia de las masas esclavizadas que no consintieron en defenderla. ¿Qué importaba al millón de esclavos contenidos entre las siete colinas romanas que Alarico saquease los templos poblados de mármoles inapreciables?...

La verdad histórica es, contrariamente al postulado nietzscheano, que toda elevación del tipo humano es el resultado de una liberación; que toda cultura es el fruto de múltiples actividades victoriosas contra las imposiciones, y que las sociedades fundadas en la violencia y la iniquidad perecen por la violencia y la iniquidad.

3. Nietzsche, buen alemán imperialista

Los actuales acontecimientos dan una nueva claridad al mundo de las ideas. En esta luz malsana encontramos apariencias que ignorábamos o desconocíamos, y si las voluntades obstinadas, los derechos y altas razones no se debilitan, en cambio las ilusiones se desvanecen irremisiblemente. Desde el cañón se reina sobre el mundo, ¡cuántas mascarar antes familiares a nuestra vista han caído, cuántas ideas renegadas, profanadas, inesperadamente disfrazadas, deformadas, cuántos

rostros con antifaz!... Hasta los mismos muertos, cuya obra nos parecía definitiva, se transforman. Me parece, en fin, distinguir un nuevo Nietzsche, el verdadero, que fue un buen alemán imperialista aun sin quererlo. “Pues que en el cielo se vislumbra la negra aurora del más fuerte”, según los hermosos versos de Víctor Hugo, puesto que las tablas de la ley, en que se inscribieron las definiciones del Bien y del Mal se han roto y que solamente la violencia se impone, el pensador que escribió Aurora, que quiso situar el esfuerzo de vivir “más allá del Bien y del Mal”, el gran amoralista, se nos aparece ya como un precursor. Ha precedido, en la ruta que sigue sobre los escombros de una civilización, a la Alemania imperialista que conocemos [nota: mala leche de Serge].

Alemán y alemán imperialista contemporáneo, parece que Nietzsche lo fue hasta la médula de sus huesos. De sus orígenes germánicos y protestantes procede su temperamento activo, su sentido de las realidades, su vigor apasionado, tan diferente de la despreocupación de un escéptico francés, como Renan* o Anatole France*, o del positivismo reflexivo de los libres investigadores ingleses, como Bain*, Spencer*, Stuart Mill*. Hijo de un pastor protestante, debió acaso su profunda cultura cristiana el poder comprender tan profundamente las cuestiones de moral y librarse de las opiniones admitidas. El autor del Anticristo, en las horas más trágicas de su vida solitaria firmaba sus cartas: el Crucificado; y ha dado a uno de sus libros este título cuya significación dolorosa viene de un episodio de la historia evangélica: Ecce Homo. Tanto la primera educación cristiana había contribuido a formar su prodigiosa personalidad. Señalemos que no hay en los países latinos agrupaciones religiosas comparables —por la seriedad de la fe y de las costumbres, por la libertad del pensamiento— con el protestantismo alemán e inglés.

Al mismo tiempo que Nietzsche escribía, otros pensadores en Francia y en Inglaterra significadamente perseguían en suma el mismo fin, inspirándose de la misma concepción científica del universo; aplicando, como él, al estudio de los más complejos fenómenos de la vida humana las nociones recientes del determinismo [nota]. Spencer*, a quien Nietzsche invectivó en una de sus páginas más injustas, ha producido una labor enorme en este sentido. Y para destacar más aún el contraste entre el temperamento intelectual del imperialista alemán moderno y el de sus rivales, citaremos a Taine* que también fue implacablemente lógico, consagrando su vida entera al culto del pensamiento, amando con toda su alma de poeta la vida y entre ésta la Fuerza; a Guyau* que, estudiando la ética, ha fundado la moral anarquista en una obra definitiva, Ensayo de una moral sin obligación ni sanción; a Carlyle*, en fin, “este retador semi-cómico, este embrollón desprovisto de gusto”, según Nietzsche y que como él mismo, poco antes que él, adoró los creadores de nuevos valores... Taine* y Guyau*, con su método francés y su espíritu soberanamente filosófico y la eurytmia de su pensamiento y de su lenguaje, han formulado las mismas concepciones, sin violencia, sin ímpetu, sin que la base de la vida fuese por ellos modificada, por las nuevas ideas; Carlyle*, con la llama refrenada de un descendiente de los creyentes de la iluminación interior, permaneció también, según parece, separado de la vida activa, sin pensar que toda idea “es una fuerza que tiende a realizarse”. Fue preciso el temperamento guerrero de Nietzsche para que el determinismo, el atavismo, el amoralismo llegasen a ser en la realidad cotidiana nuevos móviles de acción, nuevos “motivos de vivir”. Basta, para darse cuenta de esta diferencia de carácter, abrir un libro de Nietzsche y comparar una de sus páginas con otra de Taine*; por ejemplo: “Escribe con sangre y aprenderás que la sangre es espíritu”, decía Zaratustra. Verdaderamente, el creador de éste escribió con su sangre. En su estilo trepidante, sobresaltado, que tan pronto se desliza algo febril, como se exaspera, se embriaga, erizado de apóstrofes y de invectivas, bordado de imágenes brillantes, en este estilo único puso su misma vida.

Señalemos aquí que esta facultad de apasionarse por las ideas, más bien rara entre los humanistas de nuestros días, coexiste en Nietzsche con una extraordinaria aptitud para la especulación abstracta. Además, sólo las razas germánicas parecen en nuestra vieja Europa haber

heredado el don de investigación metafísica de los antiguos hindúes. Sólo ellas han osado desentrañar los problemas de la Esencia, la Causa Primera y el fin. Desde Leibniz* a Nietzsche, han dado al mundo varias generaciones de filósofos y de metafísicos bastante audaces para intentar concebir el Universo. Francia ha producido a Augusto Comte*; Inglaterra a Spencer*; Alemania a Hegel* y hoy Haeckel*, el más metafísico de los científicos. Nietzsche pertenece a la gran escuela, siendo discípulo de Schopenhauer*. Por esta paternidad intelectual queda unido a los prodigiosos sofistas [nota], a los abstractos de quinta esencia, a los creadores de cosmogonías que fueron los Hegel*, los Fichte*, los Schelling*, los Hartmann*. Únicamente su prejuicio fundamental es contrario al del viejo maestro. Quiere, no la extinción del querer vivir por los renunciamientos del sabio, sino la exaltación de la voluntad de potencia, por la actividad del destructor y del creador. No quiere huir, sino aceptar gozosamente el noble dolor de vivir.

Lo que caracteriza a la actual intelectualidad alemana dirigente, es una especie de culto de la inteligencia y de la fuerza bruta, mientras que en los demás pueblos, en los latinos especialmente, cultura es sinónimo de refinamiento, de renuncia a la violencia, de predominio de los valores espirituales. El imperialista alemán contemporáneo, profundamente enamorado del saber, poeta, espíritu especulativo, pone decididamente la inteligencia al servicio de la fuerza bruta. Parece comprender la violencia victoriosa como la completa realización de la fuerza.

Acaso pudiera definirse así la ley más general de su pensamiento, la que da a todas las demás el sistema inicial: culto de la inteligencia, culto de la fuerza. De aquí el imperialismo, la organización social, las castas, las dignidades, la aptitud de obedecer y la de mandar, la ausencia de escrúpulos morales, el desdén de las ideas, o sea el desprecio napoleónico de los ideólogos [nota], sobre todo de las ideas modernas. ¿Qué queda de la abstracción justicia cuando el cañón truena?

Que se juzgue de los hechos actuales que se desarrollan en una cadena en que ningún eslabón escapa a nuestra vista, desde las guerras bismarckianas* hasta la nueva destrucción presente. No hacen más que traducir en actos las concepciones que Nietzsche expresó cuando escribió, pensativo y profético [nota]:

La hora vuelve, siempre de nuevo, la hora en que las masas están dispuestas a sacrificar su vida, su fortuna, su conciencia, su virtud, para crearse este goce superior... reinar en nación victoriosa y tiránicamente arbitraria sobre otras naciones” (La gran política, Aurora #189).

Hemos entrado en la edad crónica de la guerra, de la guerra científica al mismo tiempo que popular, de la guerra hecha en grande, por los medios, los talentos y la disciplina que serán empleados. Todos los siglos venideros mirarán con envidia y respeto esta edad de perfección.

Nosotros, sin patria, «buenos europeos», reflexionamos en la necesidad de un nuevo orden y también de una nueva esclavitud.

Porque, creedme, el secreto para cosechar la más fecunda existencia y el mayor goce, es vivir peligrosamente. Sed salteadores y conquistadores mientras no podáis ser dominadores y poseedores, vosotros los que buscáis el conocimiento (La Gaya Ciencia).

O cuando se exaltaba con la misma fiebre que ha debido guiar a los malos pastores de la nación militar:

Decís que es la buena causa la que santifica hasta la guerra. Yo os digo: Es la buena guerra la que santifica toda causa (Zaratustra).

Se hacen singularmente expresivos estos pasajes de aforismos escritos hace veinte años, cuando se acercan a estos otros:

El gran sabio Ostwald* que creó la energética, escribe:

“Alemania quiere organizar a Europa... aquí todo tiende a sacar de cada individuo un maximum de rendimiento para la sociedad... la etapa de la organización es una etapa de civilización más elevada...”

“La cultura es una organización espiritual del mundo... que no excluye la salvajería sangrienta... Está por encima de la moral, de la razón, de la sociedad” (Citas de Román Rolland*, de su libro *Au dessus de la mêlée*. [Más allá de la refriega])

Ya se ve: hijo espiritual de Goethe*, de Hegel*, de Heine*, de Schopenhauer*, Nietzsche es también patentemente de la raza de Bismarck* y de Hindenburg*, de la raza de presa.

Entre su visión del porvenir y la nuestra, hay un foso imposible de llenar. Dos ideales están presentes en nuestra pobre humanidad destrozada: imperialismo, libertarismo. Uno afirma el fratricidio, la victoria por el cuchillo o el fuego, la opresión, la crucifixión perpetua de la especie; el otro designa una nueva vía, la sola que puede llevar al ser humano hacia una sana perfección sin bestialidad, hacia victorias que no sean desprestigiadas por caídas en el lodo, en la sangre, en la mentira, en el odio insano y la ceguera...

Sostienen lucha en todas las naciones y sin duda alguna en todos los corazones. Hay un Nietzsche libertario, una Alemania libertaria, como hay una Inglaterra, una Francia, una América imperialistas. Las dos mentalidades, la una heredada del inmemorial pasado, de los degüellos ancestrales y la otra suscitada por el instinto del bienestar, palanca de todo progreso, predominan alternativamente en tal grupo étnico o nacional. La Alemania contemporánea, en sus tendencias más generales y la obra de Nietzsche, expresan el imperialismo consciente en su más alto grado de desarrollo. Acordémonos del idealismo de clara rebeldía de la Alemania de Schiller*, del paganismo admirable de Goethe*, de la invencible lógica nihilista de Stirner*, del socialismo de Lasalle* y de Marx*, del revolucionarismo de Wagner*; acordémonos de todo eso para conocer la potencia de las ideas, ¡nosotros que no tenemos otra fuerza y otra riqueza que la idea! El culto nefasto de la Violencia ha hecho de la Alemania la horda que vemos. Otro pensamiento, otra voluntad ya en actividad la regenerarán, cuando haya comprendido que dar rienda suelta al bruto humano, aunque esté armado de ciencia y de lógica, no es ascender hacia lo sobrehumano, sino retroceder al antropoide de rostro prognático, al subhombre de las cavernas.

4. El rebelde: la influencia

He presentado en Nietzsche al imperialista que, en su consecución de lo sobrehumano, no logra más que permanecer “demasiado humano” y demasiado actual también en este momento de vértigo. Pero toda personalidad tiene diversos aspectos. Mejor sería decir que en cada uno de nosotros hay varias personalidades potenciales o activas que sucesivamente predominan, haciéndonos adoptar actitudes divergentes, si no contradictorias. Es así, que bajo la presión de circunstancias excepcionales, caracteres inesperados se revelan incoherentes y lógicos, paradójicos y necesarios.

Todo el Hombre es en cada hombre y cuanto mayor sea la vitalidad del individuo, más deberá conciliar en sí mismo las contradicciones. El autoritario apasionado, sintiéndose limitado por todas partes, molesto por los mil obstáculos de la sociedad, hecha de innumerables intereses encadenados entre sí opuestos al desarrollo del Hombre de presa, sufriendo de verse rodeado de criaturas mediocres, de instituciones decrepitas, de pequeñeces y de miserias, el autoritario, decimos, también se rebela. Tal es, en nuestro tiempo, la imposibilidad de vivir, que todo hombre de pensamiento y voluntad, aunque sea nuestro enemigo, debe elevar su protesta muy pronto. Toda la diferencia entre su gesto y el nuestro reside en la conciencia de los móviles y del fin. El que quiera dirigirse libremente hacia el porvenir con sus hermanos, se ha de rebelar en nombre del sufrimiento común, del que el suyo propio no es más que una ínfima parcela inseparable. El que

quiere ser un Dominador y no puede, se ha de rebelar contra los impedimentos que retienen su fuerza. Nietzsche fue uno de tales y lo fue magníficamente. Libelista, no contra los tiranos de un día, sino de los que marcan una sociedad entera con el sello de su sarcástico desprecio; satírico a la manera de Juvenal*, de Aristófanes*, o más próximo a nosotros, de Rivarol*, a quien apreciaba; crítico e ironista, sembrador de paradojas y de ideas que debían sacudir muchas torpezas... Porque la rebeldía le abrió claros horizontes y algunas veces ¡qué extrañamente se nos aproximó! Contradictorio y paroxista, se hace difícil, hablando de él, no imitarle, de tal modo son desconcertantes los diversos aspectos de su obra. ¿Y es verdad que es el apóstol de la violencia quien escribió sobre el Modo de llegar a la verdadera paz, que un día vendrá en que el pueblo más poderoso romperá voluntariamente su espada?

Antes perecer que odiar y temer, y antes perecer dos veces que dejarse odiar y temer. Es preciso que un día sea ésta la máxima superior de toda sociedad establecida (Aurora).

Nietzsche entrevió toda la libertad, todas las posibilidades de vida abiertas al hombre futuro, al que vendrá mucho después de nosotros, cuando las cadenas caigan, comprendió en ciertos momentos de altiva serenidad, cuando se callaban en él las voces imperiosas de instintos primitivos, hacia qué belleza nos place dirigirnos a través de las sombras actuales. Y lo ha dicho en términos definitivos. No citaré más que una de sus páginas críticas. He aquí cómo describe el militarismo:

“Un obstáculo a la cultura” - Aquí los hombres no tienen tiempo para los negocios productivos; el ejercicio de las armas y los traslados les ocupan todo el día y es preciso que el resto de la población les mantenga y les vista; pero su traje es vistoso, a menudo de variado color, como si viniese de una mascarada; aquí se admiten muy pocas cualidades distintivas; los individuos se parecen más que en parte alguna, o al menos se les trata como si fuesen iguales; aquí se exige la obediencia y se obedece sin comprender; se manda, pero se guarda bien de convencer; los castigos son poco numerosos, pero en exceso duros y con frecuencia extremos; la traición es considerada como el mayor crimen y los más valientes son los únicos que se atreven a criticar los abusos. Aquí la vida tiene poco precio y la ambición se muestra con frecuencia de tal modo, que pone la vida en peligro. Alguien que oyese decir todo esto, exclamaría sin dudar: “He aquí la imagen de una sociedad bárbara amenazada de peligros”. Acaso habría alguien para añadir también: “Es la descripción de Esparta”. Pero otro puede, del mismo modo, con aire pensativo, sostener que ésta es la descripción de nuestro militarismo moderno, tal como existe en medio de nuestra civilización y de nuestra sociedad indiferentes —anacronismo viviente, imagen, como ya lo he indicado, de una sociedad bárbara amenazada de peligro, obra póstuma del pasado que, por los engranajes del presente, no puede tener más que el valor de un obstáculo. (El viajero caminante y su Sombra)

Con gusto escribí: “nosotros, sin patria, buenos europeos”... En honor de las grandes concepciones que le debemos, es preciso colocar la del europeo, hijo no de una nación o de una raza, mucho menos aún de una sociedad basada sobre un egoísmo colectivo de miras mezquinas —un Estado—; sino de todas las razas que han mezclado sobre la vieja tierra de Europa sus costumbres, su sangre, su savia para producir las complejas generaciones presentes, herederas en verdad de todo el esfuerzo humano. ¡Y cuán indigentes son las pequeñas patrias ambiciosas vistas desde esta altura! Se comprende a Zaratustra cuando dice:

¡Qué importa la patria! Nosotros queremos hacer velas hacia allá, hacia el país de nuestros hijos.

Seguid vuestros caminos y dejad a los pueblos y a las naciones que sigan los suyos, de gran obscuridad ciertamente, en los que ninguna esperanza se vislumbra.

Colocaba los tronos en el fango y tenía horror de la plaza pública y de los políticos, que son las zumbonas moscas en ella; ridiculizaba a los moralistas, cuyas virtudes adornadas de adormideras: procuran un buen sueño.

Soy Zaratuſtra, el impío que dice: ¿quién es más impío que yo para que pueda regocijarme de su enseñanza?”

No nos extrañemos de verle expresar así ideas que parecen habitualmente antinómicas. El origen de sus errores —y creo que tal palabra se impone— es el origen mismo de la fuerza que hizo de él al gran poeta, al libelista y al nuevo filósofo; es su extraordinaria intensidad de vida cerebral, elevando a la conciencia una vitalidad instintiva hiperestesiada. Habiéndolo probado todo, pudo también comprenderlo y casi expresarlo. Y demasiado voluntarioso, amando con exceso el sentirse vivir plenamente, no consintió en doblegarse a las sistematizaciones lógicas del pensamiento que acaban siempre por aprisionarlo. Antes ser o parecer inconsecuente. Lo esencial no es además imponer a la actual admiración de los hombres un nuevo dogmatismo filosófico, sino despertarles, puesto que duermen en el lecho de las viejas creencias, hacerles vivir y, sobre todo, vivir por sí mismos, intensamente, contemplar, comprender y crear.

Tal fue, sin duda, su concepción, como es la nuestra, y creo que debemos lamentar, no que fuese con frecuencia paradójico o inconsecuente, sino que no lo fuese más que en apariencia.

Una lógica suprema le guiaba; en él hasta el rebelde y el investigador extremista no cesaban de obedecer a las direcciones del filósofo de la Autoridad y de la Violencia. Los Estados, las patrias, los ejércitos, las iglesias, la familia, la moral, las ideas modernas, autoridades decrépitas minadas por los decadentes que quieren la bondad, la justicia, la igualdad, la paz... porque degeneran. Los resortes de la gran acción se han desgastado en ellos; son hombres disminuidos, y puesto que en esta sociedad el humanitarismo asciende, haciendo retroceder las formas sanas de la vida impiadosa y bélica, es preciso apresurar el derrumbamiento de este mundo que cae...

“El hombre debe ser la mejor bestia de presa”. “Romped, romped a los buenos y a los justos”

Esta tesis ya hemos visto las debilidades y los errores que contiene fundamentalmente. Él la creía con toda su alma y no hizo más que exponerla y defenderla como dialéctico apasionado, y de aquí sus rebeldías.

Hay un curioso estudio a desarrollar sobre las afinidades por contraste y sus influencias psicológicas. No siempre ha engañado el juicio sobre Nietzsche. En el fondo se expresó muy clara y brutalmente. Para no ver en él más que al rebelde y al crítico, es preciso ciertamente muy buena voluntad. ¿Cómo explicar entonces sino por la “afinidad de los contrastes” [nota: afinidad de los contrarios] la inmensa influencia que ofreció sobre agrupaciones de mentalidad diametralmente opuesta a la suya? Buen imperialista alemán, encontró en Francia numerosos discípulos. Autoritario aristócrata, ha sido tan apreciado de los anarquistas, que hasta los hay, según parece, que se llaman “nietzscheanos”... {nota: mala fe}

Arriesgaré dos explicaciones: Yo amo en él su vitalidad desbordante, comunicativa a todos los que se le acercan. Tal es el prestigio de la vida. Todos nosotros estamos cansados de las filosofías incoloras, de los verbalismos vacíos, de las palabras muertas, de las expresiones hipócritas, de las enseñanzas sin sinceridad ni pasión. Al fin se siente uno abrumado. ¡Ah, los pensamientos grises, que vegetan en toda la vida incolora, los discursos oficiales, las pobres pequeñas mentiras, las minúsculas ideas de los liliputienses! Uno desearía taparse los oídos y gritar: ¡Bastante! El sueño valdría más que este decaimiento del alma. Bienvenido, pase, venga de donde quiera la palabra sincera de un hombre que ama y odia, que dice: yo quiero, hacedme sitio, o yo me abriré camino a pesar vuestro.

Este hombre, aunque fuese nuestro adversario, nos da el ejemplo y nos aporta algo muy precioso: su verdad, una verdad viviente.

La segunda explicación sería ésta: Aspiramos todos por instinto a completarnos, sabiendo nuestras diversas insuficiencias. Somos así atraídos hacia aquellos que precisamente tienen

cualidades contrarias a las nuestras. Siendo dulces amamos a los violentos, y siendo reflexivos buscamos voluntariamente a los instintivos. Sentimentales, los duros nos agradan. Es el llamamiento de las otras fuerzas de la vida que sentimos en nuestro interior y no cesamos de dirigirnos hacia la revolución de nuestras virtualidades ignoradas.

Y vuelvo a los hechos: cualquiera que sea su causa, la influencia de Nietzsche en el mundo latino y en los medios libertarios fue muy grande. Naturalmente, su enseñanza se ha encontrado deformada. Se puede decir de los discípulos que jamás comprendieron bien:

Toda palabra de verdad, si es escuchada por muchos hombres, se transforma en mentira por los superficiales, los hábiles y los charlatanes, ha escrito otro individualista, nuestro anarquista Han Ryner*. Como en la palabra de Nietzsche no había más que verdad, se desprende que se le ha desconocido y deformado sistemáticamente, los unos para hacerle anarquista, los otros para justificar, por argumentos extraídos de sus obras, su espíritu burgués, su ambición, su egoísmo, más bien vulgar, que él hubiera despreciado como la última de las cosas demasiado grotescamente humanas...

Pero tal es la suerte de todas las enseñanzas. Estas miserias pasan y la obra queda. La semilla que Nietzsche lanzó, cayó también en otros mejores terrenos donde ha centuplicado. Un vasto movimiento intelectual produjo. No tendré la temeridad de hacer un examen completo, sino de indicar tan sólo algunos nombres que testimonian el valor del nietzscheanismo en la cultura francesa. Ciertamente, su influencia ha sido enorme sobre todo en la vida actual contemporánea y acaso en Francia más que en parte alguna. Henri Albert*, Lichtenberger*, le han traducido con un extremo cuidado para hacerle comprender en los más delicados matices de su pensamiento. D. Halevy* le ha consagrado una biografía piadosa y completa; J. de Gaultier*, uno de los espíritus especulativos más originales de la actualidad, le ha comentado y explicado en varias obras de valor; G. Palante*, sociólogo y crítico, se ha inspirado abundantemente en su obra; el doctor Elie Faure* también, para sus estudios sobre el arte, y Georges Sorel* para sus trabajos de sociología, entre los que escribió el Elogio de la Violencia.

En el mundo libertario, la tendencia individualista sólo ha sentido esta influencia, pero muy profundamente. Me parece, sin embargo, que generalmente ha habido equivocación por falta de conocer el conjunto sintético de las concepciones de Nietzsche. Algunos anarquistas rusos principalmente se calificaron de nietzscheanos. En los Estados Unidos hubo el periódico italiano Nihil, anarquista, que representaba esta tendencia. En grados diversos la misma influencia se encuentra en el trabajo de Libero Tancredi en Italia, en la revista El Único, editada en Panamá, en l'anarchie, [nota sobre la minúscula] de París y ahora en el órgano individualista francés Par delà la mêlée.

¿Es buena esta influencia?... No me atrevo a responder afirmativamente. Los obreros que forman la mayoría de nuestros grupos, no tienen, generalmente, preparación suficiente para afrontar con espíritu crítico la enérgica seducción del imperialista apasionado. Sucede a menudo que no lo comprenden o le siguen enseguida, casi a ciegas. Y seguirle a él es dejarnos a nosotros. También sucede —y es acaso lo peor—, que queriendo perseguir el ideal sobrehumano que nos ofrece, tan desproporcionado a las fuerzas medianas en lucha con las realidades terriblemente mediocres, no sé qué orgullo pueril se ampara de nuestro compañero y le aísla en un “culto del yo” estéril y limitado. Hechas estas reservas, no podemos menos de ver en él un iniciador. Hace pensar, luego hace vivir. Y para aquellos que, gracias al desarrollo de su espíritu crítico, saben permanecer fieles a sí mismos, hay en su obra muchas riquezas utilizables.

Aplicada a los problemas sociales, su filosofía no es, en resumen, muy original. No es más que un darwinismo social expresado, es verdad, con un singular valor de pensamiento y de estilo. Y lo que se ha llamado a veces con este nombre no es más que una vieja concepción, en realidad como

la vieja sociedad en que el hombre explota a su semejante —una concepción que Darwin* no formuló jamás, bien al contrario.

“El hombre es un lobo para el hombre”, decía Hobbes en el siglo XVII. Se ha repetido en nuestros días, transportando al dominio de la vida social el principio de la competencia vital y de la selección natural —supervivencia de los más fuertes— que las desigualdades y las miserias producidas así por inevitables y bienhechoras leyes naturales, eran la condición de todo progreso...

Es contestando esta tesis, sostenida en Inglaterra por Huxley*, que Kropotkin* escribió su libro decisivo *El apoyo mutuo, un factor de la evolución*. La demostración se hizo: No es por la lucha intestina que progresan las especies, sino por la asociación para la lucha contra la naturaleza. Darwin* mismo escribió:

Que no había lucha entre los individuos de una misma especie más que en caso de penuria o de competencia sexual.

Y aun en este último caso, la lucha reviste con frecuencia los aspectos de una emulación que excluye como inútil y engañoso todo recurso de violencia.

Ni los lobos, ni los tigres, ni los tiburones se devoran entre sí, sino acaso cuando el hambre les aloca, o bien desaparecerían de la superficie terrestre para dejar sitio a otras especies más aptas para ser fraternales y pacíficas. Si los hombres pudieron salir de las grutas, donde el miedo a las fieras les retenía por la noche, es porque se ayudaron mutuamente a diario durante muchos siglos. Es por lo mismo que la civilización sobrevivió a las guerras imbécilmente criminales y recomenzó el progreso. Las luchas fratricidas pueden devastar periódicamente la humanidad; mañana saldrá ésta de la actual tragedia enferma, empobrecida, convaleciente y dolorida, pero apretándose los hombres unos contra otros, recomenzarán la vida, la buena y sana lucha para hacerse mejores y un poco más dichosos. El inmenso crimen que se cumple no testimoniará contra la ley de ayuda mutua, como la locura tampoco lo hace contra la razón. El imperialismo queda refutado por los hechos. No lo olvidemos, cualquiera que sea a nuestros ojos el prestigio del poeta que le glosa.

5.

Dionisio - conclusión

Los hombres han amado siempre los símbolos. Cuando conciben la grandeza y belleza posibles de su vida, les gusta suscitar en espíritu las formas perfectas, pronto tan vivientes, que se anteponen a todas las realidades mediocres. Y es en las inteligencias más preclaras la creación sin cesar recomenzada de las divinidades eternas. ¿Cómo no encarnar en imágenes de ensueño, el amor, la alegría, la esperanza, la victoria de vivir, la vida misma, en fin, con sus múltiples riquezas siderales, terrestres, humanas?... Pero donde los pueblos “abundan en alegorías”, los más altos símbolos, los poetas, erigen estatuas inmaculadas y prístinas, de las que cada una expresa sencillamente el ideal de un hombre...

Nietzsche levanta la suya, antigua, pero rejuvenecida por el don de su espíritu ardientemente moderno, y la denominó en griego Dionisio*. El más grande de los amantes de la vida debía elegir entre los dioses antiguos —que jamás morirán completamente, porque bajo mentiras o deformaciones místicas encarnan en figuras humanas, pero heroicas, los aspectos de la naturaleza—, debía elegir, decimos, aquel que era, entre todos, la personificación de la sana alegría de existir. En oposición con los cultos que desdeñan y marchitan la vida física, Dionisio* la exalta, pero sin empobrecerla, noble y armoniosamente. Se le podría representar como un atleta risueño que, en uno de esos jardines donde Epicuro* invitaba a sus amigos, rodeado de jóvenes desnudas, de poetas, de

amantes y de sabios, levanta en un rayo de sol la copa de vino que ha de saborear. Y este vino de Dionisio* es el jugo de todos los frutos de la tierra, el goce ofrecido por doquiera que es preciso aceptar por completo. Dionisio* enseña la belleza del amor carnal, de la carrera y de la lucha, de la danza y del canto, de la aventura épica y de la meditación silenciosa. ¡Sed completos, sabed vivir del todo, no temáis sufrir para gozar completamente y seréis como Dionisio*, el Dios-hombre que ríe y da sin contar, libre bajo los cielos libertados!...

La hermosa bestia humana victoriosa, inteligente, devuelta a las fuentes primitivas de la dicha áspera y tónica que la naturaleza acuerda a los fuertes, tal sería el súper-hombre.. . ¿Y qué importa, después de todo, que Nietzsche haya desconocido verdades filosóficas esenciales, que se haya engañado algunas veces sobre el fin y los medios, que haya sido apasionadamente injusto? Ahora que la crítica ha hecho en su obra la distinción sobre el idealismo retrógrado y el verdadero, no tenemos que temer la seducción de sus errores. Detengámonos ante la estatua de Dionisio*, el admirable, y pensemos en la enseñanza que nos lega y que debe quedar:

¡Sed libres! “Una vida libre permanece abierta a las grandes almas”.

¡Sed voluntariosos! “¡Oh, voluntad! fin de toda miseria, tú, mi necesidad; resérvame para una gran victoria”.

—“La voluntad libera porque es creadora”.

—“Sí; hay en mí algo invulnerable, que no puede ser enterrado y que hace saltar las rocas: es mi voluntad. Esto pasa a través de los años, silencioso e inmutable”

¡Sed generosos! Sed duros para vosotros mismos, para fortaleceros y después daos sin contar. “Te creo capaz de todas las maldades y por eso te pido que seas bueno”.

¡Gozad de vivir! con orgullo, bellamente. Amad la vida alta, saboreadla intensamente.

“Voluptuosidad, es para los corazones libres algo inocente y libre, la dicha de gozar de la tierra el desbordante reconocimiento del futuro por el presente”.

“Deseo de dominar, que asciende también hacia los puros y solitarios para atraerlos, que sube hacia las alturas de la propia satisfacción, ardiente como un amor que trazase en el cielo atractivas alegrías deslumbrantes”... ¡Oh! ¿Quién encontrará el verdadero nombre para bautizar y honrar semejante deseo? “Virtud que da, es así como Zaratustra llamó un día a esa abstracción inexpressable”.

¡Sed egoístas! Zaratustra hizo “el elogio del egoísmo, el bueno y sano egoísmo que brota del alma potente, unida a un cuerpo esbelto, bello, victorioso y reconfortante, alrededor del cual todo se hace reflejo.

—El cuerpo ágil que persuade, el danzante cuyo símbolo y expresión es el alma feliz de sí misma. El placer egoísta de tales cuerpos, de tales almas, se llama a sí mismo “virtud”.

Con lo que dice de bueno y malo este goce egoísta, se protege a sí mismo, como si se rodease de un bosque sagrado; con los nombres de su dicha, repudia lejos de sí todo lo despreciable”.

Ciertamente, tal egoísmo nada tiene de vil, y es tan amplio y sano que sus frutos serán necesariamente la altiva bondad, el instinto fraternal, el amor profundo que sabe ir hasta el sacrificio... Porque siempre se busca su propia satisfacción y aquí está el principio mismo del egoísmo inevitable, que es necesario conocer bien; pero mientras que el hombre sin fuerza no encuentra satisfacción más que en una defensa celosa de los límites de su mediocridad, el hombre superior la encuentra en el don desinteresado de su potencia. Cristo se dejó crucificar, porque la más alta satisfacción de su alma estaba en el sacrificio absoluto...

Un tal deseo de dominar no puede ser confundido con el de los miserables que, no dominándose por sí mismos, creen reinar por el látigo. Una tal voluntad exige la plena libertad para todos. Una tal generosidad no puede admitir servidumbres.

Si Nietzsche, entrenado por su temperamento pasional, conducido en seguida a los extremos por el abuso de su dialéctica exaltada, no lo ha querido así, nos pertenece a nosotros, libres

investigadores, abordar su obra y retener para nuestra edificación el que estas enseñanzas sólo cuentan, porque sólo ellas valen.

Ha sido nuestro enemigo. Sea. El mismo nos ha dicho: “desead adversarios perfectos”.

La lucha es más bella, más fecunda con ellos. Entre adversarios “perfectos” se llegaría a fraternizar. “No debéis tener sino enemigos dignos de odio, pero no dignos de desprecio: es necesario que estéis orgullosos de vuestros enemigos”.

Ha sido el filósofo de la violencia y de la autoridad. Pero, como nosotros sentía el amor inmenso de la vida y del conocimiento, el deseo invencible de combatir por su causa, el asco del desorden social actual y de las mediocracias, hacia las cuales descendemos, la necesidad de destruir las viejas ideas y las viejas cosas, de ayudar a caer lo que se derrumba, para que se pueda seguidamente renacer.

Además del ejemplo de su audacia de pensador, nos ha enseñado el horror de la vida mezquina, el orgullo de sufrir noblemente, el culto de la voluntad y de la alegría.

Muchas veces su prodigioso talento de expresión ha vivificado las ideas que servimos. Ha sido sincero y potente. Por momentos ha sido nuestro compañero de ruta, y acaso entonces lo mejor de su alma demasiado múltiple y complicada se reveló. El camino de su vida fue doloroso. Raros son los pensadores que han sufrido tal maldición. Incomprendido, desconocido, solo, aislado en su pensamiento como en su existencia cotidiana, enferma, a veces desesperado, pero siempre sabiéndose dominar, erró diez años por la Europa desierta, donde no veía algo digno de ser amado o servido. Su voz, que debía algo más tarde ser acogida como la de un profeta, se perdía sin eco. No se hacía caso de este gran caminante de frente espaciosa que no era más que un pensador...

Después de esos diez años de destierro, la locura le dominó en el aislamiento. Y por una activa ironía de la suerte, él, que escribió unas páginas magníficas sobre la Muerte voluntaria, sobrevivió diez años a su inteligencia... ¡Verdaderamente él escribió con su sangre!

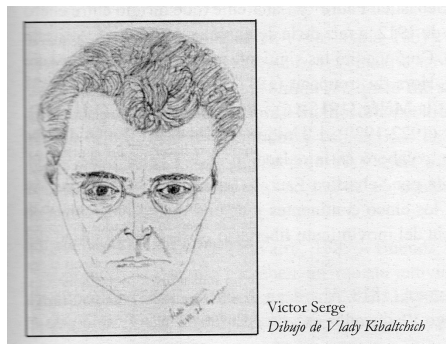
Por su obra, muy fuerte en este tiempo de incoloras medianías; por su sinceridad, absoluta en este tiempo de hipocresías; por su pasión en este tiempo de cobardías; por su originalidad en este tiempo de uniformidad; por su pobre vida de desamparo y de sufrimiento; por su triste fin de pensador; por su infeliz muerte de loco, yo le amo. Y le escucho y me inspiro largamente en su obra. Pero no le sigo. Imitando su ejemplo de crítico y de pensador libre, le pido tan sólo ayuda para encontrar mi verdad.

Yo no me ilusiono sobre el valor de sus prejuicios, no cierro los ojos sobre sus errores. El miró las cosas y los hombres de frente, con la insolencia y la irrespetuosidad de un refractario. ¡Y cómo despreció la ceguera de los que hoy quisieran erigirle no sé qué vanidoso culto! Porque este maestro no quería discípulos.

Y para terminar, recuerdo las palabras de Zaratustra a los que creían haberle comprendido: “Ahora os ordeno que me abandonéis y os encontréis a vosotros mismos”.

v. s. LE RETIF. Mayo de 1917

Traducción de Costa Iscar



Diccionario de los personajes citados

ALBERT, HENRI (Niederbrom, 1868 - Estrasburgo, 1921). Pseudónimo de Henri-Albert Haug, germanista francés, primer traductor de Nietzsche y de Stirner*.

ARISTÓFANES (Atenas, 450 a. C. - id., 385 a. C.). Comediógrafo griego creador de la sátira en el teatro. Vivió durante el apogeo del imperio ateniense y se opuso enérgicamente a la guerra del Peloponeso. De tendencia conservadora, defendió la validez de los mitos antiguos criticando a los sofistas y también a Sócrates a quien pintó como un demagogo insensato en *Las nubes*. Nietzsche lo admiraba por considerarlo un dionisíaco consecuente.

ARMAND, E. (Paris, 1872 - Rouen, 1962). Pseudónimo de Ernest Lucien Juin, a veces, erróneamente citado como Émile Armand. Escritor, periodista y activista libertario. Autodidacta, poliglota, esperantista, introductor en Francia de las ideas de Stirner*, Armand promovió incansablemente el individualismo (*El anarquismo individualista. Lo que es, puede y vale*, 1916), el naturismo, las camaraderías amorosas, el vegetarianismo y las comunas (milieux libres). Colaboró con *Les Temps Nouveaux* de Jean Grave*, *Le libertaire* de Sebastien Faure* y *l'anarchie* (que dirigió entre enero y septiembre de 1912, a raíz de la detención de Le Rétif* y Rirette Maitrejean*). Creó y editó las siguientes revistas: *L'Ere Nouvelle* (1901-1911); *Hors du troupeau* (1911); *Les Réfractaires* (1912-14) ; *Pendant la Mêlée* (1915-16) ; *Par-delà la Mêlée* (1916-18); *L'En-Dehors* (1922-1939); *L'Unique* (1945-1956). En la década de los treinta, colaboró en la redacción de la *Enciclopedia Anarquista*, dirigida por Sebastien Faure*. La correspondencia de Armand abarca los cinco continentes y es una fuente indispensable para la historia del movimiento libertario en la primera mitad del siglo XX.

BAIN, ALEXANDER (1818, Aberdeen, Escocia - 1903). Filósofo, lógico, psicólogo y educador escocés. Enfatizó la aplicación de la filosofía a la psicología; en 1840 comenzó a colaborar en la *Westminster Review* y conoció a John Stuart Mill* con quien Bismarck, Otto von (Magdeburgo, 1815 - Friedrichsruh, 1898). Político y militar prusiano, artífice del Estado alemán moderno. Apodado el "Canciller de Hierro", fue el paradigma del autoritarismo y del militarismo alemán. Al concluir victoriosamente la guerra franco-prusiana, impuso la creación del Imperio Alemán bajo la corona de Guillermo I (1871).

BONAPARTE, NAPOLEÓN (Ajaccio, Corsega, 1769 - Isla de Santa Helena, Atlántico, 1821). Creador del imperio francés y enterrador de las esperanzas de 1789. Es el primer ejemplo de un contrarrevolucionario surgido de las filas mismas de la revolución. Nietzsche indudablemente lo admiró pero lo definió "síntesis de inhumanidad y superhombre" (*Genealogía de la moral*, aforismo no. 11).

CARLYLE, THOMAS (Ecclefechan, Escocia, 1795 - Edimburgo, 1881). Historiador británico, crítico de la incipiente sociedad industrial. En su juventud fue partidario del movimiento cartista y escribió una *Historia de la revolución francesa* (1837) en donde destacó la situación de opresión que vivían los pobres en el antiguo régimen. Sucesivamente, manifestó desdén por la democracia liberal y simpatía por la sociedad feudal (aunque no por la aristocracia). En *Los héroes* (1841) sostuvo que el avance de la civilización se debe a las hazañas de los héroes.

COMTE, AUGUSTE (Montpellier, 1798 - París, 1857). Filósofo, sociólogo y fundador del positivismo. Tras manifestar cierta simpatía por el socialismo de Saint-Simon (de quien fue secretario), se adhirió a posturas conservadoras. Su filosofía positiva –expresión de los valores sociales, políticos y económicos de la burguesía en el contexto de la revolución industrial– ejerció una profunda influencia sobre el evolucionismo inglés, particularmente sobre Darwin* y Spencer*.

COSTA ISCAR, MANUEL (Navarra, 1883 - Buenos Aires, 1966). Pseudónimo de Antonio Faciabén, anarquista individualista, integrante de la Liga para la educación racionalista y colaborador de *Tierra y Libertad*, *La revista Blanca*, *Proa* y *El sembrador*, etc. Traductor de E. Armand*, Han

Ryner* y Le Rétif*. Escribió: *El feminismo* (1914), *Generalidades educativas* (1916), *Crítica y concepto libertario del naturismo* (1923), *La paz mundial y las condiciones de su realización* (1950) y *La enseñanza laica ante la racionalista* (1960). En 1920 emigró a Brasil y después a Argentina en donde colaboró con La protesta, Umbral (París) y Tierra y Libertad (México) entre otras publicaciones. Falleció en Buenos Aires.

DARWIN, CHARLES (Sherewsbury, 1809 - Downe, 1882). Biólogo y naturalista inglés. Postuló que todas las seres vivos evolucionan con el tiempo a partir de un antepasado común mediante un proceso de selección natural. En 1859, publicó *El origen de las especies*, libro que contradecía la teoría aristotélica (aceptada por la tradición teológica), de la inmutabilidad y que, con matices y distintas argumentaciones, ejerció una profunda influencia sobre Marx, Nietzsche y los anarquistas.

DIONISIO, DIONYSOS O DIONISO. En la mitología griega, dios de la vegetación, el vino y el éxtasis. Para Nietzsche es el dios de la embriaguez y de la desmesura que canta, ríe, danza y afirma la vida. En El origen de la tragedia, simboliza el polo opuesto, pero complementario, de Apolo, el dios de la belleza, las formas, la moderación y la filosofía. El espíritu trágico expresaría la lucha eterna entre lo dionisiaco y lo apolíneo.

EPICTETO (Hierápolis, Frigia, 55 - Nicópolis, 135). Filósofo griego de la escuela estoica que vivió una parte de su vida como esclavo en Roma. Se ignora su verdadero nombre; la palabra epiktetos en griego significa “adquirido” o “comprado”. Al obtener su libertad, se estableció en la ciudad griega de Nicópolis, en donde permaneció hasta su muerte. Sus obras principales, *Discursos* y *Enquiridion* (que significa “manual”) fueron recopiladas por su discípulo, Lucio Flavio Arrio. Guyau* y Ryner* lo citan a menudo.

EPICURO (Isla de Samos, 342 a.C. - Atenas, 270 a.C.). Filósofo griego, fundador de una doctrina moral de tipo hedonista, basada en la idea de que finalidad de todos los seres humanos es la búsqueda de la felicidad. Ésta, sin embargo, no consiste en la utilidad personal, sino en la emancipación del mal que se realiza mediante la armonía con los demás y con la naturaleza. Criticó también la creencia en los dioses, y el temor a la vida en la ultratumba, sentimiento que estaba fuertemente arraigado en la antigüedad. Nietzsche lo admiraba.

FAURE, ELIE (Sainte-Foy-la-Grande, 1873 - París, 1937) médico, escritor, historiador, Faure escribió monografías sobre Nietzsche, Dostoievski, Velásquez, Matisse y Cezanne, entre otras. Miembro prominente del movimiento de las Universidades Populares, enseñó historia del arte en La Fraternelle de París (que contribuyó a fundar) reuniendo sus cursos en una monumental Historia del arte en cinco tomos (1909-1914) en donde aborda las principales formas de la creación artística (pintura, escultura, arquitectura, danza, cine y música) incluyendo a los países no europeos lo cual representaba una innovación importante. Partidario del ideal anarquista, E. Faure buscó una fusión de todas las civilizaciones en la senda de Reclus* (de quien era sobrino), pero también a partir de una concepción heroica y vitalista a la manera de Nietzsche, Sorel* y Bergson*.

FICHTE, JOHANN GOTTLIEB (Rammenau, 1762 - Berlín, 1814). Uno de los máximos exponentes del idealismo alemán, continuador de la filosofía crítica de Kant, precursor de Schelling y de Hegel. En 1806, ante la invasión de Napoleón, escribió el *Discurso a la nación alemana* en donde sostuvo la superioridad cultural y filosófica del idioma alemán sobre los idiomas “neo-latinos” echando los cimientos del nacionalismo alemán.

FRANCE, ANATOLE (pseudónimo de Anatole François Thibault; París, 1844 - La Béchellerie, 1924) Poeta, novelista y ensayista francés, premio Nobel de literatura en 1921. Apoyó a Émile Zola en el caso Dreyfus y participó en la fundación de la Liga de los derechos del hombre. Fue presidente honorario de la Liga internacional para la educación racional de la infancia, fundada por el anarquista catalán Francisco Ferrer Guardia* oponiéndose categóricamente a la ejecución de este en 1909.

GAULTIER, JULES DE (1858 - 1942). Uno de los primeros estudiosos de Nietzsche en Francia. Amigo y mentor de George Palante* rompió con él en 1922. En su libro *De Kant a Nietzsche* (1900), Gaultier presentó a Schopenhauer* y a Nietzsche como alternativas al kantismo entonces preponderante en el mundo filosófico.

GOETHE, JOHANN WOLFGANG VON (Frankfurt, 1749 - Weimar, 1832). Poeta, novelista, dramaturgo, político y científico considerado por Nietzsche el más grande literato alemán. Participó en el movimiento Sturm und Drang («Tempestad e ímpetu») del que se origina el romanticismo y escribió, entre muchas obras, *Los sufrimientos del joven Werther* (1774), novela paradigmática del nuevo movimiento; el *Fausto* (1808), alegoría de la humanidad a través del mito del pacto con el diablo; *Las afinidades electivas* (1809), novela psicológica sobre la vida conyugal y *Poesía y verdad* (1811-1831), de carácter autobiográfico a la que dedicó los últimos años de su vida, junto a la segunda parte de *Fausto*.

GUYAU, JEAN-MARIE (Laval, Normandía, 1854 - Menton, 1888). Filósofo individualista y poeta definido como el Nietzsche francés. Dejó escritos sobre Epicuro*, Epicteto*, Bentham, Mill* (padre e hijo), Darwin*, Spencer* y Bain*. En su libro más importante, *Esbozo de una moral sin sanción ni obligación*, echó los cimientos de una ética entendida como doctrina acerca de los medios para conseguir la finalidad impuesta al hombre por la naturaleza misma: el crecimiento y el desarrollo de la vida. El libro ejerció una profunda influencia sobre el propio Nietzsche, Kropotkin* (que lo comenta abundantemente en su *Ética*) y los anarcoindividualistas.

HAECKEL, ERNST (Potsdam, 1834 - Jena, 1919) Biólogo evolucionista. Partidario de un monismo radical, sostuvo que todos los organismos (animales, plantas y organismos unicelulares) proceden de una sola forma ancestral. Profundamente racista, creía que los pueblos “primitivos” permanecían en su infancia necesitando la “protección” de sociedades europeas. Sus obras proporcionaron una justificación científica al imperialismo, al darwinismo social, anticipando las teorías racistas del nazismo.

HALEVY, DANIEL (París, 1872 - 1962). Historiador y ensayista cercano a Sorel*, autor de estudios sobre Proudhon y Michelet, publicó en 1909 una de las primeras biografías de Nietzsche (traducción al castellano, Nietzsche, Editorial La Nave, Madrid, 1942).

HARTMANN, EDOUARD, VON (Berlín, 1843 - 1906). Filósofo alemán, admirador y seguidor de Schopenhauer* a quien, curiosamente, combina con Hegel*. Autor de un libro de éxito, *La filosofía del inconsciente* (1869), ejerció cierta influencia sobre Nietzsche quien, sin embargo, lo critica en la Segunda Consideración Intempestiva.

HEGEL, GEORG WILHELM FRIEDRICH (Stuttgart, 1770 - Berlín, 1831). Máximo exponente del idealismo alemán, último constructor de sistemas. Su filosofía de la historia promueve el Estado y la superioridad alemana sobre las demás culturas del mundo. Los seguidores de Hegel se dividieron en dos campos: la “derecha” que defendió el conservadurismo político y los sistemas monárquicos y la izquierda que lo interpretó en sentido revolucionario. De la segunda se desprende el ateísmo de Feurbach, la democracia liberal de los hermanos Edgar y Bruno Bauer, el comunismo de Marx* y Moses Hess, el individualismo de Stirner y el anarquismo de Bakunin* y Proudhon* (quien, sin embargo, tildó su dialéctica de “gubernamental”). Entre los fustigadores de Hegel, destacan Schopenhauer y Nietzsche quien consideró su pensamiento como el paradigma del resentimiento cristiano.

HEINE, HEINRICH (Düsseldorf, 1797 - París, 1856). Uno de los mayores literatos alemanes del siglo XIX, admirado por Nietzsche. Autor de poemas satíricos en donde fustiga las costumbres de su tiempo, también escribió obras en prosa en donde ridiculiza los reinos alemanes y muestra simpatía por la revolución francesa y el naciente socialismo. Hombre universal, rechazó su doble condición de alemán y de judío. Murió en París en donde se estableció desde 1832 conociendo a Marx* y a Bakunin*.

HINDENBURG, PAUL VON (Poznan, 1847 - Neudeck, Prusia Oriental, 1934). Militar y político alemán, último presidente de la República de Weimar. Derrotó a los rusos en la batalla de Tannenberg (1914) y fue nombrado jefe del Estado Mayor en 1916 estableciendo una dictadura militar sobre Alemania. En 1918, recomendó al emperador Guillermo II que abdicara en un intento por salvar a la monarquía. En 1925, fue elegido segundo presidente de la República. Repitió el cargo en 1932.

HUGO, VÍCTOR (Besançon, 1802 - París, 1885). Novelista, ensayista y poeta, integrante del romanticismo francés. Elegido diputado en 1848, apoyó la candidatura de Luís Bonaparte, pero se opuso al golpe de estado del 2 de diciembre de 1851. Bajo el segundo imperio, vivió exiliado en Bruselas. En 1871, se opuso a la Comuna de París.

HUXLEY, THOMAS HENRY (Ealing, 1825 - Eastbourne, 1895) Biólogo británico, especialista en anatomía comparada. Evolucionista y ferviente darwinista, polemizó con el Obispo de Oxford, Samuel Wilberforce. Kropotkin* lo criticó en *El apoyo mutuo*.

JUVENAL, DÉCIMO JUNIO (Aquino, Italia, 60 d. C. - Roma, 128 d. C.). Poeta romano, autor de 16 sátiras en donde traza un retrato ácido y despiadado de la Roma de su tiempo oponiéndola a la Roma tradicional fuerte y pura de Cicerón y Tito Livio.

KROPOTKIN, PEDRO (Moscú, 1842 - Dmitrov, 1921). Geógrafo, naturalista y exponente del anarcocomunismo. De origen noble, sirvió en el Ejército ruso de 1862 a 1867 participando en expediciones científicas en Siberia, Manchuria, Finlandia y Suecia. La cruel represión de una revuelta de presos polacos por parte de las autoridades zaristas y la lectura de Proudhon, lo convirtieron al socialismo. Entre sus numerosas obras destacan: *A los jóvenes* (1880), *Palabras de un rebelde* (1885), *La conquista del pan* (1892), *Campos, fábricas y talleres* (1899), *Memorias de un revolucionario* (1899), *El apoyo mutuo. Un factor de la evolución* (1902), *La gran revolución* (1909) y la *Ética* (1924, póstuma). En 1914, apoyó al bando aliado en guerra con Alemania, y fue coautor del Manifiesto de los dieciséis lo cual alejó de muchos anarquistas.

LEIBNIZ, GOTTFRIED WILHELM (Leipzig, 1646 - Hannover, 1716) Filósofo y matemático alemán que escribió principalmente en francés y en latín. Descubrió, paralelamente a Newton, el cálculo infinitesimal y, junto a Descartes y Spinoza, es uno de los tres grandes racionalistas del siglo XVII. Su teoría sobre las mónadas como unidades elementales de energía y campos de fuerza, tiene relevancia para el pensamiento libertario pues intenta superar el dualismo psico-físico cartesiano y explicar el carácter dinámico de lo real.

LE RÉTIF. PSEUDÓNIMO DE VÍCTOR KIBALCHIC (Bruselas, 1890 - Ciudad de México, 1947) entre 1908 y 1917, antes de adoptar el de Víctor Serge. El primer artículo firmado Le Rétif, apareció en el periódico belga *Le communiste* (órgano de propaganda de la colonia libertaria de Boitsfort) No. 10 del 23 de marzo de 1908. De tendencia ecléctica, pero más bien cercano al anarcocomunismo de Malatesta*, Kropotkin* y Reclus*, el periódico se llamó *Le Révolté* a partir del No. 18 (5 de septiembre de 1908) cuando empezó una evolución hacia el ilegalismo y el individualismo.

LIBERTAD, ALBERT Pseudónimo de Joseph Albert (Burdeos, 1875 - París, 1908). Periodista y activista libertario. En 1902, fue uno de los organizadores de la Ligue Antimilitariste; sucesivamente, animó distintas campañas en pro del abstencionismo electoral y creó el movimiento de las “causeries populaires” (charla populares), foros abiertos en donde se discutían los fundamentos del anarquismo. En 1905, fundó el semanario *l’anarchie* (con “l” minúscula) principal órgano del anarquismo individualista. El periódico existió hasta 1914 y después de la muerte de Libertad, fue dirigido por André Lorulot*, Rirette Maitrejean*, Víctor Kibalchich-Le Rétif*, E. Armand*.

LICHTENBERGER, HENRI (Mülhausen, 1864 - Biarritz, 1941). Germanista francés, autor de estudios sobre Goethe*, Wagner* y Heine*. Del primero, tradujo Fausto.

MARX, CARLOS (Tréveris, 1818 - Londres, 1883). Marx y Nietzsche se ignoraron recíprocamente, aunque algunos autores consideran que sus respectivas obras se pueden leer de manera complementaria. Los anarquistas suelen reivindicar su crítica de la economía política pero rechazan su concepción de la lucha política. Es dudoso que Le Rétif * lo haya estudiado antes de llegar a Rusia en 1919.

MILL, JOHN STUART (Londres, 1806 - Aviñón, Francia, 1873). Filósofo, economista y teórico del utilitarismo. Trabajó para la Compañía de las Indias Orientales y fue miembro del Parlamento por el partido Liberal. Defensor de la libertad de expresión, escribió un Ensayo sobre la libertad en donde investiga la naturaleza y límites del poder que puede ser ejercido legítimamente por la sociedad sobre el individuo.

OSTWALD, FRIEDRICH WILHELM (Riga, 1853 - Grossbothen, 1932). Químico y filósofo alemán. Formuló la Ley de Ostwald que rige los fenómenos de disociación en las disoluciones de electrolitos. Elaboró una nueva teoría del color en la que defendió la normalización de los colores y creando en Dresde un laboratorio destinado a su estudio en 1920. En 1909, ganó el premio Nobel de Química por sus estudios sobre los principios que rigen los equilibrios químicos y la catálisis. Impulsó el esperanto.

PALANTE, GEORGES (Pas-de-Calais, 1862 - Hillion 1925). Filósofo individualista francés influenciado por Stirner*, Guyau*, Nietzsche*, Gaultier* y la teoría psicoanalítica de Freud. Llamó sensibilidad individualista a la resistencia contra todas las constricciones sociales, diferenciándola claramente del individualismo económico y del egoísmo vulgar. Pesimista radical, se apartó del pensamiento libertario al no diferenciar la sociedad del Estado: la primera le resultaba tan tiránica como el segundo. Uno de sus discípulos, Jean Grenier, fue profesor de Albert Camus, que lo cita en *El hombre rebelde* (1951).

PASCAL, BLAISE (Clairmont Ferrand, Auvernia, 1623 - París, 1662). Filósofo, teólogo y matemático francés. Es autor de los *Pensamientos*, una curiosa apología del cristianismo que lleva al lector hacia el escepticismo más que hacia la fe. Su filosofía analiza las grandes paradojas del pensamiento: el ser y la nada, la fe y la razón, el alma y la materia, la vida y la muerte.

RECLUS, ELISEO (1830 Sainte-Foy-la-Grande, Gironda - Torhout, Bélgica 1905). Geógrafo anarquista. Principal exponente, junto a Pedro Kropotkin* y Errico Malatesta*, del comunismo libertario. Amigo de Mijail Bakunin*, miembro de Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT), de la Comuna de París, fue detenido y liberado gracias a peticiones firmadas por sociedades geográficas de todo el mundo. Se exilió en Suiza en donde siguió su vida militante y trabajó para la editorial Hachette en la elaboración de la Geografía Universal (19 tomos). A partir de 1893, radicó en Bélgica en donde colaboró con la Universidad Libre de Bruselas. En *El hombre y la Tierra*, obra póstuma en VI tomos (1905-1908), exploró la avenida de los siglos cruzando la geografía social con la historia y descubriendo “el lazo íntimo que une la sucesión de los hechos humanos a la acción de las fuerzas telúricas”.

RENAN, ERNEST (Treguier, 1823 - París, 1892). Filósofo, filólogo y político francés. Autor de una *Vida de Jesús* (1863) que la valió la expulsión del Colegio de Francia, en 1882 pronunció el famoso discurso ¿Qué es una Nación? en donde deja asentados los fundamentos del nacionalismo liberal.

RIVAROL, ANTOINE DE (Bagnols, 1753 - Berlín, 1801). Escritor y periodista francés de tendencia conservadora. Gran literato, conoció a Voltaire y colaboró en el *Mercure de France*. Tradujo el *Infierno de Dante* y en 1788 publicó *Petit almanach de nos grands hommes*. Al estallar la revolución, siguió a la monarquía colaborando con el *Journal politique et national* del abate S. de Castres, y luego en los *Actes des Apôtres*.

ROLLAND, ROMAIN (Clamecy, 1866 - Vézelay, 1944). Escritor francés, ganó el Premio Nobel de Literatura de 1915, principalmente por su novela en 10 tomos, *Jean-Christophe* (1904-1912). El

protagonista, el músico alemán Jean-Christophe Krafft, es un héroe romántico como el Werter de Goethe que personifica la esperanza de una humanidad reconciliada. Fue un pacifista militante y durante la I Guerra Mundial escribió *Más allá de la refriega* (1915). También fue un crítico temprano de la revolución rusa pero a finales de los años veinte se alineó con el estalinismo. En ocasión de su viaje a Moscú (1935), abogó por la liberación de Víctor Serge con la argumentación de que haría menos daño a la causa comunista gozando de libertad en Francia que preso en la Unión Soviética.

RYNER, HAN, PSEUDÓNIMO DE JACQUES ÉLIE HENRI AMBROISE NER (Nemours, Argelia, 1861 - París, 1938). Novelista y filósofo anarcoindividualista, colaborador de numerosas revistas libertarias entre las que destacan *L'En dehors* y *L'Unique*, editados por E. Armand*. En 1900, escribió *El crimen de obedecer* y en 1903 el *Pequeño manual individualista*, antecedentes del pensamiento individualista en Francia. Admirador de Stirner*, criticó a Nietzsche por extender la ley brutal del combate por la vida a las relaciones entre seres humanos. En 1913, hizo campaña por la liberación de Eugène Dieudonné (imputado junto a Víctor Serge en el proceso contra la Banda Bonnot*). Pacifista convencido, se opuso tenazmente a la Primera Guerra Mundial.

SCHELLING, FRIEDRICH WILHELM JOSEPH (Leonberg, Alemania, 1775 - Baz Ragaz, Suiza, 1854). Filósofo romántico, uno de los máximos exponentes del idealismo alemán. Consideraba el arte como la manifestación más elevada y acabada de lo absoluto: el arte es naturaleza porque imita lo esencial de la misma, el principio activo capaz de engendrar vida. A su vez, la naturaleza es arte, “la poesía originaria, aún no consciente del espíritu”.

SCHILLER, FREDERICH (Marmach am Neckar, 1756 - Weimar, 1805). Dramaturgo, poeta, filósofo e historiador. Es una de las figuras centrales de las letras alemanas de todos los tiempos. Escribió, entre muchas obras, *Los bandidos*; *Guillermo Tell*; *Kallias: cartas sobre la educación estética del hombre*.

SCHOPENHAUER, ARTHUR (Gdansk, 1788 - Frankfurt, 1860). Filósofo antihegeliano, admirador de Kant y de las tradiciones orientales, desarrolló su actividad al margen de la enseñanza universitaria. Pesimista radical, maestro del humor negro, antimaterialista y al mismo tiempo ateo convencido, criticó el progresismo y el optimismo ingenuo de su tiempo. Su obra principal, *El Mundo como Voluntad y como Representación*, ejerció una influencia profunda sobre Nietzsche quien retoma el rechazo a la dialéctica y la noción de “voluntad” para luego transformarla en voluntad de poder.

SOREL, GEORGE (Cherbourg, 1847 - Boulogne-sur-Seine, 1922). Figura extremadamente contradictoria, Sorel empezó como simpatizante monárquico, luego fue un marxista atípico: anti-cientista, vitalista, anti-determinista y voluntarista. A principio de siglo XX, el auge de las luchas obreras inspiraron su obra principal, *Reflexiones sobre la violencia*, en donde bajo la influencia de Nietzsche y Henri Bergson* elaboró su teoría de la huelga general como mito revolucionario y regenerador. Sucesivamente se acercó a la Action Française, una organización de extrema derecha precursora del fascismo, pero manifestó simpatía por la revolución bolchevique. En los medios libertarios se apreciaba su rechazo del parlamentarismo.

STIRNER, MAX. Pseudónimo de Johann Kaspar Schmidt (Bayreuth, 1806 - Berlín, 1856). Los filósofos desconocen al padre del individualismo, los marxistas lo aborrecen y los libertarios, que no deberían ignorarlo, “sólo leen extractos tergiversados de su portentosa obra” (Manuel Giménez Igualada*). Stirner estudió filosofía y teología en la Universidad de Berlín en donde frecuentó los cursos de Hegel. Hacia principios de los años cuarenta, se integró al círculo Los libres, una tertulia de jóvenes hegelianos en donde conoció a Federico Engels, Carlos Marx y Mijali Bakunin, entre otros. La vida de Stirner no registra rasgos sobresalientes –se casó dos veces, ejerció la profesión de institutor y murió pobre–, sin embargo, es autor de una obra imperecedera, *El único y su propiedad* (Leipzig, 1844), admirable golpe liberador en donde niega todos los imperativos morales, aboga por

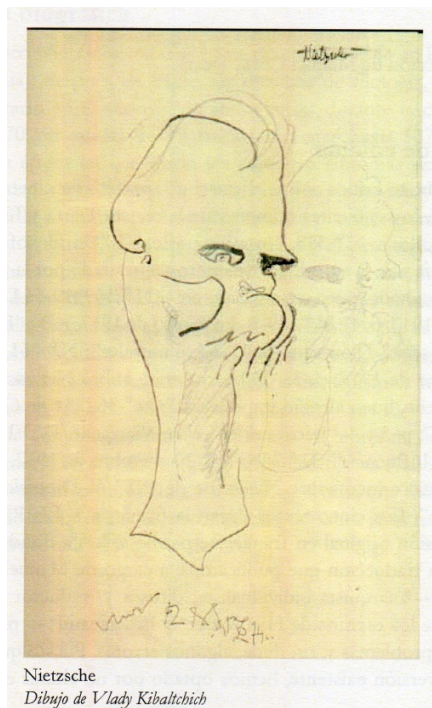
una “asociación de egoístas” (es decir, voluntaria y opuesta a toda abstracción opresora) y afirma: “he fundado mi causa en nada, es decir en nada que esté por encima de mí mismo”. El libro está dividido en dos partes: en la primera el autor examina lo que oprime al individuo (dios, la familia, el Estado, la sociedad, el nacionalismo, el liberalismo, el humanismo, el comunismo...); en la segunda formula su propuesta para emanciparlo. Marx lo despreció, pero se vio en la necesidad de escribir una crítica que alcanzó una dimensión superior al libro impugnado; Nietzsche lo ignoró, pero su filosofía lleva el sello imborrable de *El único*. Redescubierto en la década de los noventa del siglo XIX por John Henry Mackay (1864-1933), Stirner –quien nunca se declaró anarquista– se volvió la principal referencia de los anarquistas individualistas.

TAINÉ, HIPÓLITO (Vouziers, Francia, 1828 - París, 1893). Filósofo, historiador y crítico de arte. Reflexionó sobre la influencia del medio y de la historia en el desarrollo de los individuos en la línea de Comte y del positivismo. En el tratado *De la inteligencia* (1870), intentó fundar una psicología científica y experimental sobre bases fisiológicas ejerciendo una profunda influencia sobre Émile Zola y el naturalismo.

TANCREDI, LIBERO. Pseudónimo de Massimo Rocca (Turín, 1884 - Salò, 1973). Periodista, colaborador en juventud de numerosos periódicos individualistas (entre otros *l'anarchie*) y sindicalistas revolucionarios. En 1914, se manifestó a favor de la guerra y sucesivamente se adhirió al fascismo.

TYLOR, EDWARD BURNETT (Londres, 1832 - 1917). Antropólogo evolucionista quien fuera, junto a Lewis Morgan, uno de los padres de la antropología social británica, ciencia estrechamente ligada al imperialismo británico.

WAGNER, RICHARD (Leipzig, 1813 - Venecia, 1883). Músico, director de orquesta y teórico del arte alemán. Participó en la insurrección de Dresden (1849) encontrando a Bakunin de quien dejó una descripción amistosa. Nietzsche se acercó al músico en 1868 creyendo descubrir el renovador del espíritu trágico de los griegos. Sin embargo, el cristianismo, el nacionalismo y el antisemitismo de Wagner pronto resultaron incompatibles con su filosofía y los dos hombres rompieron.



Nietzsche
Dibujo de Vlady Kibaltchich